

sus compañeros que se saliesen, pero que él en ninguna de las maneras había de salir. Yo, por divertirle, mandé á los cantores que cantasen la Salve de canto de órgano, con toda la solemnidad y con trompetas y chirimías; y así, revestido en el altar, canté la oración, y acabada me senté en la silla y le volví á decir algunas palabras acerca del misterio de la creación y redención, con que quedaba cada vez más confirmado en la fe.

Habíanse juntado á oír Misa algunos soldados españoles, y dijo que la misma paz que había asentado con los teos, quería también establecer con los españoles; y así, á un Capitán español que allí estaba, le dió una flecha por mi mano en señal de palabra de que no faltaría con la paz; y nuestro español, sacando la espada de la vaina, me la dió también delante del indio en fe de que le daba la paz en nombre de Dios, y recibía la suya; y todo, como antes, se puso en el altar, ofreciéndolo á Dios como juez y testigo de aquella acción, que asimismo se celebró segunda vez con campanas, trompetas y chirimías; con lo cual quedó él muy consolado, diciendo que bien se echaba de ver la verdad de nuestra santa fe católica, pues se celebraba con tanta solemnidad, y que ellos vivían como animales brutos del campo. Y con esto le envié con algunos Capitanes cristianos á su casa y dije la Misa al pueblo, de que él se daba después por muy ofendido, que quisiera haber visto á Dios en la Misa.

Estúvose allí él y los suyos tres ó cuatro días oyendo con devoción y amor las cosas de nuestra santa fe católica, atendiendo y notando el gusto con que vivían los cristianos, y en particular se les había asentado muy en el alma el miedo de las penas del infierno, y que en todo caso querían ser cristianos; y que ellos querían mucho á sus mujeres é hijos y á los de su nación y les pesaría mucho de que fuesen al infierno por no ser cristianos; por lo cual me rogaban mucho que fuese á sus rancherías, siquiera por diez días, á decir á los suyos lo que allí me habían oído, que eran cosas tan maravillosas, que ni él acertaría á decirlas, ni los suyos las creerían por decírselas él. Al fin se fué para volver de allí á luna y media (que

ellos cuentan por lunas), y para confirmar estas paces quería traer á todas las mujeres y chiquillos de aquellas rancherías comarcanas con muchas gamuzas y piedra lumbre, para hacer una grande feria que durase tres días y se cobrasen grande amistad. Y desde luego aseguró que entrasen á cazar y á lo que quisiesen por su tierra, que como muy amigos se tratarían; y así fué, que de antes á cuarto de legua se pasaba por allí con mucho riesgo y cada día mataban cristianos, y desde esta paz salían hasta las viejas por leña por aquella parte, y si encontraban apaches les hacían muy buen pasaje y repartían de la caza que habían cazado. Esta conversión y pacificación va prosiguiendo un Religioso de muy grande espíritu, que la hará con muchas más ventajas que yo. Tendrá esta Provincia por la frontera más de 50 leguas, pero dilátase al Occidente más de 300, y no sabemos adonde se acaba. Y es esta Provincia la que más pena y cuidado ha dado al Nuevo México, así por ser tan belicosos y valientes, como por haber en ella más de doscientas mil almas, por las veces que los han visto los españoles yendo á pelear.

APACHES VAQUEROS DEL GANADO DE SÍBOLA.

PASADA, pues, esta Provincia de los apaches de Navajó, volviendo ya sobre mano derecha al Oriente, se comienza la Provincia de los Apaches vaqueros, la cual corre por aquella parte y vuelve cercando á los poblados más de 150 leguas hasta llegar á los del Perrillo, adonde comenzamos al entrar en el Nuevo México. Toda esta nación y Provincia se sustenta de vacas que dicen de Síbola, semejante al nuestro en la grandeza, pero muy diferente en la forma, porque es muy corto de piernas, como derrengado, y muy alto de corcova y pecho, cuernos muy pequeños y agudos, derechos á lo alto, muy gran-

des crines en el copete, que les tapa la vista, y muy crespas, y lo mismo en las barbas y en las rodillas, y todos de un color hosco ó negro, y por maravilla se ve alguno con alguna mancha blanca. Su carne es más sabrosa y sana que la de nuestras vacas, y la manteca mucho mejor; no braman como nuestros toros, sino gruñen como puercos; no son largos de cola, sino pequeña y poca lana en ella; el pelo no es como el de nuestro ganado, sino crespo como vellón muy fino, de que se hacen jerguetas muy buenas, y de las nuevas muy finos sombreros de vicuña; al parecer, de los pellejos de las terneras se aforran ropas como si fueran de martas. He dicho tan á lo largo de este ganado, por ser en tan gran número y tan dilatado, que no le hallamos fin, y tener noticia que corre de la mar del Sur hasta la mar del Norte, y tanto, que espesa los campos. Este ganado solo era bastante á hacer á un Príncipe muy poderoso, si pudiera haber ó se diera traza con que se sacara á otras partes. Tropas hay de más de cuarenta mil toros, al parecer, sin que haya entre ellos una sola vaca, porque siempre andan apartados hasta el tiempo del zelo. No es ganado que se deja coger en rodeos, aunque para pie lleven entre ellos de nuestro ganado manso; y así, al tiempo de la parición van los españoles á coger las terneras y las crías con cabras. Como este ganado es tanto y pellejan ó mudan el pelo todos los años, quédase aquella lana por el campo, y los aires la van arrimando á árboles ó en algunas quebradas, y en tanta cantidad, que pudiera hacer ricos á muchos, y todo se pierde.

De este ganado, pues, se sustentan todos estos Apaches vaqueros, para lo cual van con cautela á sus abrevaderos, y en las veredas se esconden embijados y teñidos con el lodo de aquella misma tierra, y tendidos en las veredas hondas que tiene hechas el ganado, al pasar van empleando las flechas que llevan, y como es ganado triste aunque muy feroz y veloz, en sintiéndose herido á pocos pasos se deja caer; y después los desuellan y llevan el pellejo, las lenguas y lomos y los nervios, para coser y hacer cuerdas á los arcos; los pellejos adoban en dos maneras: unos dejándoles el pelo, y queda como un terciopelo de felpa y sirven de cama y de capa en el Verano;

otros adoban sin pelo y los adelgazan, de que hacen sus tiendas y otras cosas á su usanza; y con esta corambre tratan en toda la tierra y ganan su vida, y es el general vestuario, así entre indios como españoles, que usan de ello así para vestuario, como para servicio de costales, tiendas, corazas, calzado y todo lo que se ofrece. Y aunque cada año se mata tanto ganado, no sólo no va á menos, sino que cada día es más, porque espesa los campos y parece inacabable. Salen, pues, estos indios por las Provincias comarcanas á tratar y contratar con esta corambre, adonde no podré dejar de decir una cosa algo increíble, aunque ridícula, y es: que cuando estos indios van á tratar y contratar, van las rancherías enteras con sus mujeres é hijos, que viven en tiendas hechas de estos pellejos de Síbola muy delgados y adobados; y las tiendas las llevan cargadas en reguas de perros aparejados con sus enjalmillas, y son los perros medianos, y suelen llevar quinientos perros en una requa, uno delante de otro, y la gente lleva cargada su mercadería, que trueca por ropa de algodón y otras de que carecen.

Esta Provincia de los Apaches vaqueros cerca (como dicho es) las poblaciones del Nuevo México por su frontera más de 150 leguas por la parte del Oriente, y se extiende al mismo rumbo más de ciento, toda ella pobladísima de rancherías de las tiendas sobredichas y gente infinita. Ha sido nuestro Señor servido de que se haya comenzado su conversión y pacificación con el buen trato y agasajo que los Religiosos les hacen en las doctrinas sus circunvecinas; y habiendo sus Capitanes mayores oído decir que los españoles en la villa de Santa Fe tenían á la Madre de Dios, que era una imagen de bulto del Tránsito de la Virgen nuestra Señora que yo allí había llevado y estaba bien adornada en una capilla, vinieron á verla y le quedaron muy aficionados y le prometieron ser cristianos, y en particular el mayor de ellos le habló con mucha devoción á su modo. Pues viendo el demonio que por este camino se le quitaba el imperio que gozaba, usó de un embuste de los que suele para su defensa, tomando por medio la codicia de nuestro Gobernador español, que para hacer esclavos que en-

viar á vender á la Nueva España envió á un Capitán indio valiente, enemigo de aquella parcialidad, y le trajese las piezas que pudiese. Acertó á ir este infernal ministro á la ranchería del Capitán Mayor que había dado la palabra á la Virgen de ser cristiano con todos los suyos, y peleó con él y lo mató, y á mucha gente, porque llevaba muchos indios de guerra consigo; y teniendo aquel Capitán muerto al cuello un rosario que yo le había dado, se lo ponía por delante rogándole por él y por aquella Madre de Dios que no le matase, y no bastó para que el tirano dejase de usar de su crueldad, y trajo algunos cautivos al Gobernador, que aunque no los quiso recibir por el alboroto que causó el hecho y quiso ahorcar al que había enviado, se conoció bien su codicia; lo cual fué causa para que toda esta Provincia se alzase, aunque (sea Dios bendito) la vamos reduciendo de nuevo y conocen ya los indios quien tiene la culpa, y que Dios debe ser adorado sobre todo.

Con lo sobredicho me parece se conocerá esta nación apache, la cual (como dicho es) cerca las cien leguas que á orillas del río del Norte habitan las poblaciones del Nuevo México, que son: Teoas, Tanos, Hemes, Tioas, Piro, Tompiras y Queres. Y por la banda de fuera, al Oriente y Poniente, y al Norte y al Sur se dilata por partes, tanto, que no le hallamos fin. El temple es como el que habemos referido de nuestras poblaciones cristianas: por extremo frío en el Invierno, y por extremo caliente en el Verano. Las diligencias posibles para su conversión se hacen: Dios sabe cuándo se llegará su hora.

CONVERSIÓN MILAGROSA DE LA NACIÓN XUMANA.

DEJANDO, pues, toda esta parte occidental y saliendo de la villa de Santa Fe, centro del Nuevo México, que está en 37 grados, atravesando por la nación Apache de los vaqueros, por más de ciento y doce leguas al Oriente, se va á dar en

la nación Xumana, que por ser su conversión tan milagrosa, es justo decir cómo fué. Años atrás, andando un Religioso llamado Fray Juan de Salas, ocupado en la conversión de los indios tompiras y salineros, adonde hay las mayores salinas del mundo, que confinan por aquella parte con estos xumanas, hubo guerra entre ellos, y volviendo el Padre Fray Juan de Salas por los salineros, dijeron los xumanas que gente que volvía por los pobres era buena; y así, quedaron aficionados al Padre, y le rogaban fuese á vivir entre ellos, y cada año le venían á buscar; y como estaba también ocupado con los cristianos por ser lengua y muy buen Ministro y no tener Religiosos bastantes, fuí entreteniendo á los xumanas que le pedían, hasta que Dios enviase más obreros, como los envió el año pasado de 29, inspirando á V. M. mandase al Virrey de la Nueva España que nos enviase treinta Religiosos, los cuales llevó, siendo su Custodio el P. Fray Esteban de Perea, y así, despachamos luego al dicho Padre con otro compañero, que es el P. Fray Diego López, á los cuales iban guiando los mismos indios; y antes que fuesen, preguntando á los indios que nos dijese la causa por qué con tanto afecto nos pedían el Bautismo y Religiosos que los fuesen á doctrinar, respondieron que una mujer como aquella que allí teníamos pintada (que era un retrato de la Madre Luisa de Carrión) les predicaba á cada uno de ellos en su lengua que viniesen á llamar á los Padres para que los enseñasen y bautizasen, y que no fuesen perezosos; y que la mujer que les predicaba estaba vestida, ni más, ni menos, como la que allí estaba pintada, pero que el rostro no era como aquel, sino que era moza y hermosa; y siempre que venían indios de nuevo de aquellas naciones, mirando el retrato y confiriéndolo entre sí decían que el vestido era el mismo, pero que el rostro no, porque el de la mujer que les predicaba era de moza y hermosa.

Viendo el demonio, enemigo de las almas, que aquellos Religiosos iban á librar de sus uñas las que allí gozaba, quiso defenderse y usó de un ardid de los que suele, y fué: que secó las lagunas del agua que bebían, á cuya causa también se ahuyentó el mucho ganado de Síbola que por allí había, de

que todas estas naciones se sustentaban; y luego, por medio de los indios hechiceros, echó la voz que mudasen puesto para buscar de comer, y que ya no vendrían los Religiosos que enviaban á llamar, pues en seis años que los habían esperado no iban, y esta vez se tardaban ya tanto que no había que esperarlos, y así, mandaron los Capitanes que alzasen tiendas para irse al otro día de madrugada; y al amanecer les habló la santa á cada uno de ellos en particular y les dijo que no se fuesen, que ya los Religiosos á quienes ellos enviaban á buscar iban cerca; y confiriéndolo todos entre sí enviaron á doce Capitanes de más satisfacción á ver si era así; y á tercer día toparon con los Religiosos, á los cuales pidieron les mostrase el retrato de la mujer que les predicaba, y mostrándole el Padre uno de la Madre Luisa de Carrión, dijeron que como aquella estaba vestida, pero que era más hermosa y moza; y al punto fueron á dar nueva á los suyos de la venida de los Padres, y les salieron á recibir en procesión con dos cruces por delante, como tan bien industriados del cielo, á las cuales, habiendo adorado los dichos Padres y tres soldados que con ellos iban, sacaron también los Padres sus dos crucifijos que al cuello llevaban, y todos le vinieron á besar y á venerar como si fueran cristianos muy antiguos; y lo mismo hicieron á un Niño Jesús muy lindo que llevaban, poniendo con mucha devoción la boca y ojos en sus pies, de que todos los nuestros quedaban muy admirados. Pues habiéndose juntado más de diez mil almas en aquel campo á oír la palabra del Señor, dijoles el P. Salas que si de todo su corazón pedían el bautismo. A lo cual respondieron los Capitanes que sólo á eso le habían enviado á llamar y á eso se habían juntado. Dijoles el Padre que aunque es verdad que los Capitanes suponían por todos, que se holgara de oírlo de boca de cada uno, y ya que eso no podía ser por ser tanta la gente, que corriese la voz, y que el que quisiese ser cristiano, en el lugar adonde estaba alzase el brazo, y conocería de allí quien lo quería ser. ¡Cosa maravillosa! que con un alarido grande alzaron todos los brazos levantándose en pie pidiendo el santo Bautismo; y lo que más nos ha enternecido es: que las madres que tenían en los brazos á sus criatu-

ras de pecho, por verlas incapaces de poder hacer aquella acción les cogían los bracitos y se los estiraban hacia arriba pidiendo por ellas á voces el Santo Bautismo. Fuerza es de la divina palabra, que obra con tanta eficacia.

Estuviéronse allí estos Religiosos algunos pocos días predicando la divina palabra y enseñando á rezar, á que acudían con tanta puntualidad, que no faltaban á mañana y tarde; y en estos días vinieron mensajeros de las demás naciones comarcanas á llamarlos para que también les fuesen á enseñar, porque también por allá andaba aquella santa predicándoles; y pareciéndoles á los Padres que aquella mies era mucha y los obreros pocos, y estar la gente dispuesta á poblar y hacer sus iglesias, se volvieron adonde estábamos para llevar los adherentes para ello. Y antes de salir juntaron á todos los indios para despedirse de ellos, y tomando la mano el Padre Salas, como Comisario que era de la jornada, les dijo que en el interín que venía acudiesen todos los días, como solían, á rezar á una Cruz que allí habían puesto en una peaña, y que en todas las necesidades que se les ofreciesen acudiesen con fe á aquella santa Cruz, que ella se las remediaría. A lo cual respondió el Capitán Mayor estas palabras: «Padre, nosotros aun no podemos nada con Dios, que somos como venados y animales del campo, y tú puedes mucho con Dios y con esta santa Cruz, y tenemos muchos enfermos, cúralos primero que te vayas;» y parece que permitió Dios que á la sazón hubiese tantos enfermos en que se emplease bien su divina misericordia, que siendo las tres de la tarde cuando comenzaron, hubo que traer toda la tarde, toda la noche y el otro día hasta las diez, y uno de los Religiosos á un lado, y otro á otro, con solo hacer la señal de la Cruz y decir el Evangelio de San Lucas *Loquente Iesu*, y la oración de nuestra Señora *Concede nos*, y la de nuestro padre S. Francisco *Deus qui Ecclesiam tuam*, instantáneamente se levantaban sanos de todas sus enfermedades, ciegos, cojos, idrójicos, y de todos sus dolores. ¡Oh bondad infinita: bendígante los ángeles, que así quieres honrar á esta sagrada Religión y á sus hijos, confirmando por su mano con tantos milagros tu divina palabra! Quedaban aquellos Re-

ligiosos y soldados que lo veían como pasmados en ver tantas maravillas obradas por sus manos, y los indios tan confirmados en la fe de la santa Cruz, que luego la pusieron cada uno en el frontispicio de su tienda, y después, cada vez que salían fuera la llevaban por guía. Fueron tantos los que allí milagrosamente sanaron, que no pudieron reducirse á número; los cuales obraba Dios con tanta abundancia, que hasta los mismos soldados que acompañaban á los Religiosos los hacían: por todo sea Dios infinitamente alabado.

Bien se infiere de lo dicho los bienes espirituales tan copiosos que nuestra seráfica Religión ha descubierto por todo el mundo; y por esta parte ella sola es la que con tantos trabajos y riesgos hace estos descubrimientos tan grandiosos, pues, como dicho es, en solo distrito de cien leguas tiene bautizadas más de ochenta mil almas, y hechas más de cincuenta iglesias y conventos muy curiosos; y son más de quinientos mil indios los que tenemos pacíficos y sujetos á V. M. en todas las naciones comarcanas, y que poco á poco se van catequizando para bautizarse. De suerte que estando toda aquella tierra hasta ahora por el demonio y poblada de idolatría, sin que hubiese persona que alabase al Santísimo nombre de Jesús, hoy está toda poblada de templos y conventos y de peñas de la Cruz; y no hay quien á voces por los campos, saludándose unos á otros, no alaben á Dios y á su Santísima Madre: mérito en que V. M. es tan interesado, pues con sus reales auxilios nos sustentamos en aquellas conversiones, y con sus reales haberes fundamos iglesias al Señor; por lo cual tengo muy gran fe, que como V. M. dilata tanto nuestra santa fe católica, se lo ha de pagar nuestro Señor, aun en esta vida, en la misma moneda: en dilatar su real corona, sujetando á tantos enemigos de la fe y manifestándole tan ricos tesoros de minas como ahora descubrimos.

REINO DE QUIVIRA AIXAOS.

CUANDO estos dos Religiosos estuvieron obrando aquellas maravillas en la nación Xumana y en la de los Iapies, Xabatoas y otras que allí eran comarcanas: *In omnem terram exivit sonus eorum*, llegó también esta voz al reino de Quivira y al de los Aixaos, que estaban de allí 30 ó 40 leguas al mismo rumbo del Oriente, y enviaron sus embajadores á los Padres para que fuesen allá también á enseñarlos y bautizarlos, diciendo cómo la misma santa los andaba allá predicando que viniesen á llamarlos; pues como los Religiosos estaban ya de camino para volverse de donde salieron y llevar lo necesario para fundar las iglesias, les dijeron que también irían allá y traerían para ellos más Religiosos que los ayudasen: y así, se vinieron con ellos los mismos Embajadores que nos decían á todos el afecto con que pedían el bautismo, y sin falta habrán entrado ya y comenzado á obrar en la viña del Señor.

No puedo dejar de decir en esta ocasión el particular servicio que mi Religión hace á V. M. en la pacificación y conversión de este reino de Quivira y Aixaos, pues es de conocida grandeza y riqueza. Siendo, pues, así que la villa de Santa Fe está en treinta y siete grados, yendo de allí al Este ciento y cincuenta leguas, dase en este reino, y así, está en la misma altura. Asimismo sabemos con evidencia y vista de ojos haber en este reyno y en el de los Aixaos que confina con él, muy gran cantidad de oro: y cada día vemos indios suyos que tratan con los nuestros, que lo testifican, y mucho mejor los flamencos é ingleses que por la parte de la Florida están cerca de ellos y resgatan con ellos el metal tierra de oro en muchísima cantidad, el cual llevan así á beneficiar sus tierras, y gozan los herejes de la riqueza tan grande que la Iglesia católica, en nombre de Dios, concedió á V. M., y con ella nos hacen guerra. Asimismo lo testifica bien el Capitán y gran piloto